

ABANDONA
TU YO
PARA SER
TÚ

ABANDONA TU YO PARA
SER TÚ

Era un día soleado de primeros de Mayo. Me levanté temprano. Eran las siete de la mañana. No se oía más que a los pájaros y la música del silencio del amanecer. Miré el sol salir por el horizonte con ese brillo que entra por las pupilas e invade tu interior calmando cada célula de tu cuerpo, cada músculo, cada tendón y te va desentumeciendo de la rigidez de la noche.

Empecé a recordar mi sueño: *iba corriendo por la playa desierta. No había nadie, pero sentía que alguien me perseguía. Miré hacia atrás varias veces; nadie, sólo mi sombra que se proyectaba en la arena. Seguí corriendo; continuaba con esa sensación de que alguien me perseguía, ¡casi me tocaba!. Empecé a sudar.*

Me desperté sudando en la cama. Volví a mirar al sol que comenzaba a alzarse como un disco naranja cada vez más grande. ¡Había que darse prisa o llegaría tarde al trabajo!.

Llevaba varios días algo triste, pero serena, por la muerte de mi padre. Con ella había visto la muerte cara a cara, no tuve miedo a su mirada, pero me hizo reflexionar sobre el porqué de nuestra existencia. Fue una muerte inesperada pero esperada; padecía del corazón y tenía setenta y ocho años. Me llamaron por la mañana; murió mientras dormía. Me acerqué a su cama, le cerré sus ojos y le acompañé hasta la luz. Le susurré al oído: *“ve hacia la luz, no te detengas, nosotros estamos bien, sigue hacia la luz, hacia la luz, papá. Él nos está esperando. Es un paso más de la vida, una puerta que da miedo abrir, mas estoy segura de que tras ella está la luz. Ve hacia la luz”*. Se lo repetí sin cansarme, con mis manos en su cara para transmitirle mi presencia y mi amor.

El tintineo de la campanilla de la puerta me devolvió al mundo real.

Trabajo en una librería donde hay libros de toda clase y entra todo tipo de gente, desde niños a ancianos. Es una librería pequeña, de las pocas que quedan ya, pues la mayoría han sido engullidas en las ciudades por las grandes superficies donde uno puede encontrar de todo, eso sí, sin el encanto de pararse a ojear los libros y “echar la tarde” disfrutando de su lectura.

-Buenos días, Raquel –me saludó Tomás-

Tomás era un hombre de cincuenta y ocho años, de buena presencia, que vestía un pantalón de paño marrón con suéter de cuello alto beige, ojos oscuros y mirada profunda. Lo conocía hacía tiempo. Solía venir a la librería con frecuencia a comprar algún libro de filosofía. Me era agradable su presencia en mi tienda; siempre tenía alguna palabra bonita para alegrarme el día.

- *Buenos días –le contesté-*
- *Estás radiante, Raquel*

- *Gracias, Tomás, tú siempre tan atento. ¿Quieres que te busque algún libro?*
- *Sí, uno llamado "ABANDONA TU YO PARA SER TÚ"*
- *Espera, que voy a mirar el título en el ordenador. ¿Quién es el autor? ¿Ibu Arabi?*
- *No, y no te hagas la listilla. Es Abu Amulai.*

Teclé el título y el autor. Había un ejemplar. Ante mi sorpresa, databa del año 1939. Me reí de mis propios pensamientos; creía conocer todos los libros que tenía en la librería

- *Sí que hay uno, Tomás, enseguida te lo doy*

Miré en la estantería donde estaban los libros de "autoconocimiento". Entre varios conocidos, -*John Powell, Erich Fromm, Anthoni de Mello*- encontré el que buscaba, extrañada de no recordar haberlo visto nunca antes. Antes de dárselo a Tomás lo estuve ojeando. En la tapa había una especie de diagrama que dibujaba una estrella de nueve puntas, y con su título en la parte inferior: "ABANDONA TU YO PARA SER TÚ". En su parte trasera había referencias del autor: "*Abu Amulai, sufí, nacido en 1880 en Estambul, estudió Filosofía en Teherán. Viajó por la India y fue profesor de Filosofía en la Universidad de Maisor durante cinco años. Escribió varios libros que tuvieron éxito entre los intelectuales indios, entre los que destacan "UN CAMINO HACIA EL MAS ALLÁ" y "LA LLAVE DE LA VIDA". Durante años dejó de escribir. Vivió en Afganistán, en el seno de una comunidad sufí hasta que murió, dejándonos como legado este libro. Le agradecemos de forma póstuma su gran aportación a la humanidad*".

Mi curiosidad se acrecentó por momentos, ¿Tenía entre mis manos un tesoro?.

- *Raquel, ¿ lo encuentras?*
- *Sí, ya estoy aquí, es que he estado ojeándolo... parece que el autor fue un ser peculiar,¿no?*
- *Seguro*
- *¿Por qué dices eso?*
- *Bueno, es un poco largo de contar... Como te veo interesada podemos quedar algún día a tomar café y te hablo de él.*
- *¿Cuándo?*
- *¡Vaya con las mujeres! ¡ La curiosidad os mata!*
- *Cuando el tema interesa, sí. –Le contesté- Por lo menos a mí me pasa. Oye,¿por qué no me dejas que lea yo antes el libro y luego me lo compres?*
- *De eso nada, preciosa. Llevo demasiado tiempo tras él. Trataré de leerlo rápido y te lo dejaré para que puedas saciar tu curiosidad, aunque si quieres podemos quedar mañana por la tarde y te cuento todo cuanto sé del autor.*
- *Mejor es eso que nada. Esperaré impaciente a mañana.*

Así que Tomás pagó el libro y se fue, con una sonrisa socarrona en el rostro.

Eran las once de la mañana y no dejaba de pensar y recordar el título de aquel libro misterioso: "Abandona tu Yo para ser Tú" ¿Cómo puede una persona dejar de ser lo que es? ¿A qué "Tú" se refería el libro? ¿Por qué Tomás sabía del autor? ¿Quién era en realidad Tomás?. Nada sabía de él.

El día transcurrió como tantos otros; entraron varios clientes en la tienda, arreglé varias estanterías, hice pedidos de libros. A la hora de comer me compré un sandwich y me senté frente al ordenador. Por fin tenía un rato libre para perderme en los mundos cibernáuticos. Tecleé la palabra "SUFÍ" y probé suerte a ver qué encontraba el buscador de Internet. Al rato, empezó a aparecer en la pantalla un enorme listado de referencias conteniendo esta palabra. Con el fin de cerrar el amplio abanico de referencias, probé de nuevo, esta vez tecleando "SUFÍ, ESTRELLA DE NUEVE PUNTAS". Otra lista, esta vez más pequeña, aunque no encontré nada que pudiera interesarme. Seguí intentándolo, esta vez con "SUFÍ, MÍSTICA", y una de las referencias concluía con una afirmación que atrajo mi atención: *"Escrito mediante encuesta, como todos los resúmenes, es sólo introductorio. El aprendizaje real viene de una experiencia directa y su lectura no es sustitutiva del conocimiento real del corazón".*

Acababa de encontrar lo que estaba buscando. -Un libro no sustituye al conocimiento real del corazón, sólo una experiencia directa me daría la clave de mis pensamientos-. Cerré, pues, el ordenador. Me levanté, respiré y fui a tomar un cortado al bar de la esquina.

El día era claro. Eran las tres de la tarde y las tiendas estaban cerradas. Pocos paseaban a estas horas por la zona del *Parterre*. Lo crucé. Había palomas y una brisa de primavera que le da a Valencia ese aroma que la caracteriza. Me senté en una terraza mirando al parque, observando a la poca gente que deambulaba por la calle. Me encontraba bien, satisfecha conmigo misma. -Los sufis debieron de ser maestros de la mística, de la espiritualidad, en un mundo cada vez mas incoherente-. Miré el reloj. Era hora de abrir la librería.

Había quedado con mi amiga Bárbara a las ocho de la tarde, de manera que, cuando se hizo la hora de cerrar, me arreglé un poco y me encaminé al barrio del Carmen con mi bici, pasando por la calle de la Paz y San Vicente. Giré a la derecha por María Cristina, pasé por la Lonja y entrando por la calle Bolsería llegué a la plaza del Tossal donde, sentada junto a su bici, me esperaba mi amiga. Bárbara era mucho más joven que yo, pero desde que nos conocimos en una excursión con bicis, habíamos conectado y se había convertido con el tiempo en esa confidente y amiga que siempre tienes en los momentos de apuro. Esperaba que yo fuera lo mismo para ella.

Allí, tomando café con ella, le conté que había encontrado un extraño libro que un extraño cliente me había pedido. Mientras le hablaba de mi conversación con Tomás, me percaté de que por vez primera hoy me había parecido atractivo, además de un hombre agradable y respetuoso. Ella me miraba y escuchaba mi relato entre sorprendida y encantada. Casi sin darnos

cuenta la tarde ya había caído, así que cenamos antes de irnos a casa con las bicis.

Yo vivía en un pequeño ático que heredé de mi abuela en la Plaza de la Reina, todo un lujo, ya que por la noche se ven las luces de la plaza y en primavera, de madrugada, el canto de los pájaros te da los buenos días.

Esa noche volví a soñar lo mismo *"iba corriendo por la playa desierta, no había nadie y sentía que alguien me perseguía"*. Me desperté nuevamente sudando ¿Qué me quería decir mi subconsciente?. Me duché, me puse en "posición de loto" e hice mis oraciones. Vi que en el reloj eran las nueve, pensé en Tomás y me puse nerviosa como una colegiala...¡qué tontería!. Yo, una mujer con cuarenta y cinco años y con experiencia en la vida, me sentía atraída por un hombre diez años mayor que yo. Sin pensármelo demasiado, busqué en la ficha de clientes y decidí telefonarle:

- *Hola Tomás, soy Raquel. Buenos días ¿cómo te has levantado hoy?*
- *Vaya ¡qué sorpresa! No esperaba que me llamasen tan pronto...*
- *Ya sabes que para algunas cosas soy muy curiosa, así que ¿cuándo quedamos para que me hables del autor del libro? ¿Se llamaba Abu Amulai?*
- *¡Si te acuerdas hasta del nombre! Estuve anoche leyendo el libro; ya lo leerás... No quiero adelantarte nada. ¿Y cómo estás tú?*
- *Bien, aunque tengo un sueño que no me deja... todas las noches lo mismo. Pero no te he llamado para contarte cómo estoy, sino para ver si quedamos hoy.*
- *Vas al grano, ¿eh?*
- *Sí, me gusta ir al grano.*
- *Bien, pues quedamos esta tarde cuando cierres la librería.*
- *Perfecto, ¿a las ocho en la cafetería Valor?*
- *Muy bien, allí nos vemos.*

Al colgar el teléfono me encontraba entre excitada y sosegada, en un estado de ingravidez que me gustaba. Volví a la realidad; tenía que abrir la librería.

El día transcurrió lentamente, las horas se alargaban, no me concentraba ni en revisar los pedidos ni en comprobar las reservas. Por fin se hicieron las siete de la tarde. Cerré la librería un poco antes de la hora habitual. Me aseo; llevaba un pantalón azul turquesa con una camisa blanca y suéter del mismo color que los pantalones. Me puse unos pendientes y gargantilla a juego que me había traído de Egipto, me pinté los labios y me encaminé a la Cafetería Valor. Tenía tiempo, pero quería ser puntual. Justo cruzaba por delante de Santa Catalina cuando en su reloj daban las ocho de la tarde. Entré en la cafetería y allí estaba Tomás hablando con el camarero. Lo miré... ¡iba impecable!. Su pantalón vaquero, camisa blanca y suéter azul claro en los hombros le hacían más joven. Desde la mesa que había escogido se veía el Miguelete y la gente pasear a través de la ventana. Me vino el aroma a

chocolate que me transportó por unos instantes al recuerdo de mi infancia, transmitiéndome serenidad y calma.

-Hola Tomás –le extendí la mano-

El camarero se acercó para preguntarnos que deseábamos tomar.

-Una taza de chocolate, gracias

Me senté frente a Tomás, que me miraba fijamente a los ojos. Sostuve su mirada; fueron unos instantes intensos y mágicos sin decir palabra, que se interrumpieron por la llegada del camarero, que traía nuestras tazas de chocolate.

-Es agradable esta cafetería, no sólo por el lugar sino por el aroma a chocolate – dije para romper el silencio que empezaba a molestarme-

Tomás siguió mirándome como si no hubiese nadie a nuestro alrededor.

- En qué piensas –me atreví a preguntar-

- En ti –me contestó sin vacilar-

- ¿Y qué piensas de mí?

-Que eres una mujer muy atractiva

-Me decías esta mañana que yo iba al grano pero tú... me desconciertas.

-Perdona, no pretendía molestarte

-No lo has hecho, es sólo que se me hace extraño estar aquí contigo ¡con la cantidad de veces que has venido a la librería! ¿Cuánto tiempo nos conocemos?

-Casi siete años, desde que la abriste. ¿Te acuerdas?, era verano. Tú llevabas un vestido blanco.

Se paró, nos miramos, empecé a darme cuenta de que yo no le era indiferente.

-Bueno Tomás, tenías que contarme algo de ese autor, Abu Abulía...

-Antes de eso te diré que soy profesor de historia y, hace años, hice mi tesis sobre los sufís. Te podría contar mi historia, mi vida, pero no hemos quedado para hablar de mí, sino de ese autor que llamó tu curiosidad. Bien, te contaré todo cuanto he podido saber sobre él: Tal y como ponía en la

cubierta del libro, Abu Amulai nació en 1880. A los diez años de edad le dijo a su madre: “madre habrá una gran guerra y, después de esa, otra”. Su madre no le hizo caso, así que se lo dijo a su profesor. Vivían entonces en Estambul y observando la capacidad intelectual del niño, su profesor habló con sus padres recomendándoles que lo ingresaran en una escuela de estudios sufis. Como sabrás, en 1747 Ahmed Shah funda Afganistán. Así, sus padres, siguiendo los consejos del profesor, se trasladan a Afganistán, ingresando a su hijo en la escuela aconsejada por su docente.

La palabra “SUFÍ” significa “pureza”, “sabiduría”. También se ha definido como “el camino del amor”. Hay un dicho sufí que dice: “sólo cuando cesa el agitado transcurrir de las olas, el océano ilimitado muestra su serenidad eterna”. Así, estos maestros sufís le enseñaron esa pureza, esa serenidad, lo cual no les fue difícil porque él ya la tenía a flor de piel. Nuevamente les dijo a sus profesores “va a haber una gran guerra en el año 1914”. A éstos no les extrañó esta afirmación, pues los intereses políticos-económicos del imperio austro-húngaro eran ya conocidos, y sólo bastó el asesinato en Sarajevo del heredero austriaco para que Austria declarara la guerra a Serbia. Se produjo entonces un viraje decisivo en la historia europea; millones de jóvenes participaron en una guerra de una intensidad desconocida, cuatro imperios se hundieron y en Rusia el impacto de la guerra condujo a la primera Revolución Comunista.

¿Has leído La Rebelión en la Granja?

- Sí. -le contesté-.

Estaba tan atenta a sus palabras que me costó responder.

El impacto de la Primera Guerra Mundial no originó demasiados desastres en Afganistán y Abu Amulai creció dentro de la comunidad Sufí. Volvió a vaticinar: “Habrá otra gran guerra”. “¿Por qué dices eso?” -le preguntaron los maestros-. “Porque hay miedo en nuestra sociedad, mucho miedo, lo que hace que la gente se defienda de un enemigo que ella misma crea”. Sus maestros comprendieron entonces que había terminado su aprendizaje.

Viajó a la India, estudió filosofía y al terminar la guerra, volvió a Afganistán. Tiempo después, en París y sin que nadie sepa cómo, se editó el libro que he encontrado en tu librería.

Absorta por sus palabras me atreví a preguntar:

- ¿Cómo sabes todo eso?

- Ya te dije que hice mi tesis sobre el sufismo. Bueno, uno nunca está sólo en esto, aunque lo parezca. Me reúno de vez en cuando con gente que tú clasificarías como “peculiar”. Contamos cosas y nos transmitimos información, y... vamos a dejarlo ahí.

Eran casi las diez de la noche. ¡Me encontraba tan a gusto con Tomás que había perdido la noción del tiempo!.

- *Te invito a cenar*, - dije sin pensármelo mucho.

- *Encantado*, - me contestó-. *¿Dónde quieres que vayamos?*

- *Te llevaré a “Matilda”*. *Es un restaurante pequeño que está detrás de las Torres de Serranos*.

- *Vale, podríamos ir paseando*.

Atravesamos la plaza de la Reina bajo las luces amarillas que la iluminan, dándole un toque romántico. Todo olía a primavera, pasamos por la calle El Micalet entrando en la Plaza de la Virgen. Estaba llena de gente, muchos sentados en los escalones de la Basílica, otros apoyados en la fuente. Al principio, sólo se oían nuestros pasos, nos miramos y me rodeó por la cintura con su brazo; yo me agarré a la suya sin mediar palabra, como si todo nos lo hubiésemos dicho ya, como conocidos de toda la vida. Entramos por la calle Caballeros con sus casas del siglo XVIII. Se detuvo y me acercó para sí besándome en los labios, de forma tan dulce que me estremecí. No quería que se rompiera el encanto de ese momento mágico, sin saber que el tiempo sólo existe en nuestra mente, siendo tan relativo como la vida misma.

- *Raquel –me dijo-*, *estoy enamorado de ti tanto tiempo que no podría decírtelo*.

Me sonreí. Estábamos en el tiempo y en el espacio adecuados. Todo lo demás no tenía importancia.

- *Yo también lo estoy de ti sin saberlo*. -le respondí-

Todo iba tan rápido y, sin embargo, ¡qué lento había sido!

Llegamos a la calle Roterós, donde estaba el restaurante. A la entrada había un sofá con una mesa baja, presidida por un tarro con flores. Las paredes estaban llenas de pequeñas velas alternadas con grandes cuadros. No se le podía pedir más a aquel ambiente.

Mientras tomábamos la especialidad de la casa, unos foie riquísimos, Tomás me hablaba de esa estrella de nueve puntas, de ese diagrama.

- *Estudiando a los Sufís leí un poema que decía:*

“Quien sufre, no sabe quién es.

Quien no sabe quién es, duerme.

Quien duerme, no conoce el amor”

Hay un Saber sobre las causas del sufrimiento y la falta de Amor. Ese Saber está contenido en ese diagrama.

- *Quiero conocer ese Saber, la causa del sufrimiento – le dije-*

- *Yo te lo enseñaré si tu me dejas, pero te diré que yo sólo te lo puedo contar, lo mismo que ese libro, pero eres TÚ quien lo tiene que vivir.*

Fue una noche maravillosa en la que me dio a conocer ese Saber: *“El saber es el inicio del conocimiento, el conocimiento es el inicio de la acción, y la acción bien canalizada lleva a la sabiduría”*. Éste era mi pensamiento cuando llegué a casa. Me acosté y volví a soñar el mismo sueño de las noches anteriores.

Al despertar tenía la sensación de que toda mi vida había cambiado; algo se había desprendido de mí. Me sentía con una energía nueva que rebosaba en mi interior. Ya nada me pesaba, nada me perturbaba; ni siquiera el sueño de la noche anterior me inquietaba, ni el recuerdo de mi padre, ni las cuentas de la librería...nada. Flotaba en un estado de ausencia.

Cogí la bici dirigiéndome al final de la playa de la Malvarrosa, casi llegando a la Patacona, disfrutando de la brisa de la mañana en mi rostro. La playa estaba desierta como en mis sueños, con el sol emergiendo en el horizonte como una gran naranja, elevándose lentamente sobre el mar y dejando su resplandor una estela que brillaba cada vez más.

Me puse a pasear por la orilla y, como en mi sueño, empecé a correr al ritmo de mi respiración.

- 1.- Hice consciente mi respiración
- 2.- Miré mis pasos.
- 3.- Viajé hacia mí misma
- 4.- Experimenté la soledad en la multitud
- 5.- Recordé mi esencia
- 6.- Retorné a ella
- 7.- Fui consciente del instante
- 8.- Tuve conciencia del corazón
- 9.- Mantuve mi corazón en la divina presencia.

Cuando dejé de correr, miré a la arena y encontré dibujado en ella el diagrama del Saber.

Nunca más volví a soñar aquel sueño; descubrí que era mi ESENCIA quien me perseguía.

Y recordé aquel dicho sufí: "Sólo cuando cesa el agitado transcurrir de la olas, el océano ilimitado muestra su serenidad eterna".

Abandona tu YO...

...para ser TÚ.